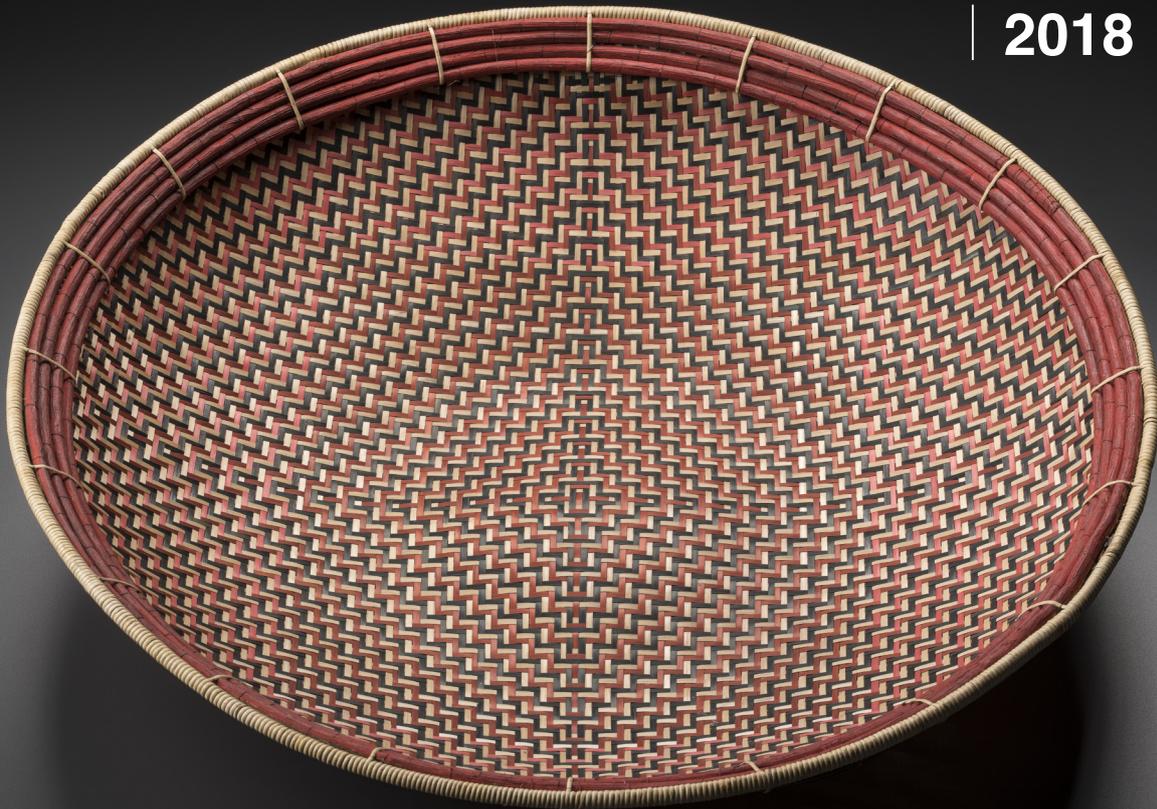
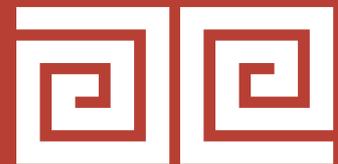


Memorias de oficio

| 2018 |



**ARTESANÍA
DE MITÚ**
MITÚ - VAUPÉS



artesanías de colombia

MEMORIAS

Artesanía de Mitú

Mitú • Vaupés



ARTESANÍAS DE COLOMBIA S.A

Ana María Fríes Martínez
Gerente General

María Mercedes Sánchez Gil
Jefe de la oficina Asesora de Planeación
e Información

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil
Especialista en Gestión del conocimiento

EQUIPO DE TRABAJO

Luis Aldemar Rodríguez
Investigador

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil
Coordinador

Sandra Milena Gutiérrez González
Diseñadora Gráfica

FOTOGRAFÍAS

Luis Aldemar Rodríguez
Portada: Iván Ortíz

AGRADECIMIENTOS

Agradecimiento a las comunidades de Cubay, Puerto Golondrina, Wakara, Puerto Tolima, Villa María, y especialmente a sus líderes y lideresas, de igual manera a Leticia Lopez. .



1.

Artesanía en Mitú

Hablar de artesanos dentro de las comunidades indígenas es complejo, principalmente porque el hacer objetos, que en las ciudades se consideran artesanales, es esencial para la supervivencia. Un balay, una olla o un jarrón, son esenciales dentro de una comunidad, sin ellas no se podría sobrevivir.

Sin embargo, sí podemos restringir la artesanía a un segmento de los objetos que se realizan en medio de la cultura material de los pueblos, el cual está destinada a comportarse como ornamento exótico, dejando su valor utilitario en segundo plano, y pensado para funcionar fuera del contexto cultural de la comunidad. En este contexto, en 1993 se inició un proceso en el cual algunos de los objetos de la vida cotidiana de los pueblos del río Vaupés fueron tomando diversas formas pensadas en el mercado externo, pensando en la comercialización sistemática y que permitiese el desarrollo de las comunidades en torno a sus oficios tradicionales.



2.

Mitú: cosmopolita

Mitú es una muestra de la diversidad que aguarda el país, llevando el concepto de lo cosmopolita a nuevas dimensiones, y poniendo de frente una serie de relaciones (tensas y cordiales) que han logrado el potencial de construir nuevas formas de coexistir. La convivencia entre diversas comunidades, nacionalidades, e intencionalidades sobre el territorio, han generado una hibridación de identidades culturales que se caracterizarían por una vocación hacia el rescate y la apertura cultural. En este sentido, lo resultante de un proceso tan complejo sólo puede ser diversas narraciones, algunas veces contradictorias entre sí, que algunas veces mezclas de realismo con el misticismo, y la diversidad de religiones con posturas políticas.

En el Mitú contemporáneo conviven por lo menos 27 etnias distintas, entre las cuales han tenido diversas relaciones de comercio y parentesco, de las cuales podríamos destacar las comunidades de Tukanos, Sirianos, Desanos, Tayuyos, Barazanos, Yuritíes, Tuyicas, Piratapuyo, Cubeos, Guananos, Curripacos, Taiwanos, Makúes, Pizamiras, Makunas y Barás, estando el casco urbano del municipio en el territorio tradicional de las comunidades Cubeas. Además de colonos colombianos y

brasileños venidos de las expansiones de la cauchería y la bonanza de la hoja de coca, además de un sinnúmero de desplazados que se refugiaron del conflicto armado colombiano a mediados de siglo en la zona andina.

Los relatos fundacionales del municipio se pueden rastrear desde el mito de creación de los cubeos, en el cual ellos están allí desde que la gran serpiente, que a su vez es el gran río, los fue diseminando a lo largo de su territorio, las riveras de los ríos Vaupés y Querarí. Este es el mito más popular en la zona y guarda relación con muchas otras comunidades de la región. Hasta el relato de la oficialidad, en que el municipio fue creado en 1936, cuando se trasladó la comisaría del del Vaupés desde San José de Calamar a lo que hoy en día es Mitú, que para ese entonces era Santa Cruz de los Cubeos. Es decir, cuando se convierte en el lugar de control de las comisarías especiales, las cuales buscaban salvaguardar la soberanía del estado en los llamados “Territorios Nacionales”¹.

En la primera narración no tenemos fechas ni sucesos que marcasen el desarrollo de las comunidades, y en la segunda narración se niegan completamente las relaciones preexistentes en la zona antes de la llegada del estado, invisibilizando las relaciones ya construidas

por las comunidades indígenas, los caucheros y misioneros que ya convivían en la región.

Para entender mejor esta relación es necesario resaltar la fundación de Santa Cruz de los Cubeos en 1852. Este caserío, que más tarde sería Mitú, se estableció como base para la comercialización del caucho a finales del siglo XIX, hasta que en 1910 fue reconocida la población como un corregimiento. Esta fecha, como tal, no implica que en este punto iniciara la ciudad, sino es el punto en que inició el contacto sistemático entre las comunidades y los colonos, marcando así el inicio de un proceso de hibridación.

Al parecer la fundación del puesto de Mitú no fue un acto fortuito por parte de los montfortianos, pues su establecimiento se anticipó a las disposiciones gubernamentales, que el vicariato sin duda conocía. En efecto, en mayo de 1928 se firmó la convención sobre Misiones entre la república de Colombia y la Santa Sede, cuyo artículo IV rezaba: el vicariato Apostólico de los Llanos de San Martín y el Prefecto Apostólico del Caquetá tomarán especial interés en establecer residencias en los principales puntos limítrofes con Venezuela Brasil, Perú y Ecuador en cuanto las comunicaciones y los recursos permitan (Cabrera, 2002. Pág. 197)

La historia, después de la fundación puede ser leída como una permanente tensión entre quienes veían la zona como lugar rico en recursos naturales aprovechables (los extractivistas), quienes veían la zona como un lugar apartado de la mano de dios, y que debían salvar (los misioneros) y quienes veían al territorio como su hogar (las comunidades). Esta interrelación pasó por diversas etapas, dependiendo de las cuales todos fueron diversos roles.

Del proceso de colonización de Mitú podemos establecer tres etapas de acuerdo a la forma en que se estableció el proceso de extracción de los recursos. Una primera fase, de las “decidas”, se caracterizó por un proceso de esclavización de la población, en la que eran llevadas a las riveras del Rio Negro y Amazonas para realizar allí los procesos de extracción del caucho y balata. Una segunda etapa en que la explotación ya se realizaba en la zona, y se encuentra relacionada con la construcción de aldeas y pequeños asentamientos en la región, como Mitú o Miraflores, que servían como zona de concentración para la salida del caucho de la región, especialmente ayudados con la construcción de pistas para la entrada y salida de recursos. En esta fase también se puede ver cómo las misiones empiezan a transformar las formas de habitar el territorio por parte de las comunidades. La tercera fase se

marca por la estabilización lograda en la zona por parte de la iglesia, en la que garantiza el control de las comunidades para la explotación de recursos (no sólo caucho) y la ampliación del proceso de evangelización (Peña, 2011).

Para entender la primera etapa del proceso es necesario resaltar que Mitú tiene poca navegabilidad por río al estar rodeado de cachiveras², haciéndolo una zona accesible únicamente por vía aérea, o por una mezcla de terrestre y fluvial. Esta es una de las razones por las que la primera ola del extractivismo³ de caucho no azotó de forma tan fuerte a la región, en contraste a las riveras del Amazonas. La conexión con el río negro, que posteriormente se conectaba con el Amazonas, y este a Manaos, era muy difícil para transportar los productos.

Esto no quiere decir que la región del Vaupés se hubiese protegido completamente de los caucheros a finales del siglo XIX, sino que la zona no fue explotada en tanto recursos naturales, más sí en recursos humanos. Los caucheros al generar tanta erosión en las comunidades del amazonas y del río negro, pasaron a zonas más alejadas para esclavizar a otras poblaciones, como fue el caso del Vaupés. Los relatos sobre esta primera etapa de la cau-

¹ Los Territorios nacionales comprendían los San Martín, Casanare, La Guajira, Chocó y Caquetá, siendo de este último que se desprendió la comisaría del Vaupés, la cual, posteriormente daría pie a los departamentos del Vaupés, Guainía y Vichada.

² Las cachiveras o raudales son acumulaciones de grandes rocas que generan corrientes rápidas en los ríos, así como obstáculos para la navegabilidad. Las principales cachiveras de la región son las del Yuruparí y waracapurí.

³ La primera ola de la cauchería data de 1850 hasta 1920, la segunda ola se ubica entre 1935 y 1944, cuando el caucho es remplazado por el plástico. Sin embargo, en el Vaupés la cauchería duró hasta entrados los años 70 (Peña, 2011)



chería en la región son pocos, especialmente porque los indígenas esclavizados eran llevados a largas distancias de las comunidades, y pocas veces lograban regresar. Sin embargo, por relatos como el de Theodor Koch-Grünberg, quien estuvo haciendo etnografía en la zona entre 1903 y 1905, muestran cómo las comunidades ya tenían conocimiento sobre los blancos y los procesos de explotación.

Naturalmente los pobres indígenas tenían razón de desconfiar de los blancos porque hace seis meses en el alto Caiarý, del lado occidental, habían aparecido colombianos colectores de caucho y llegando a las aldeas de los Uanána se comportaron mal. En todas las malocas donde llegamos en este pasaje, oímos quejas amargas sobre estos “pioneros de la civilización” un paralelo al nombre comandante del Cucuhý, sólo con colores más crudos (Koch-Grünberg. 2005. Pág. 170)

Para entender la dinámica en esta época es básico exponer el empeño como principal forma de esclavización de las comunidades. Este consistía en brindar a las personas uno o varios artículos, los cuales debían ser pagados con horas de trabajo. Sin embargo, los cobros eran excesivos, y aprovechando que la mayor parte de los individuos eran analfabetas y tenían nu-

los conocimientos en matemáticas, prolongaban el pago de las deudas por años. Según un relato recogido en el trabajo de campo, una olla de cobre podía llegar a costar un año de trabajo.

Generalmente los pagos no se realizaban desde la comunidad, sino que para hacerlo alguna persona de la maloca se debía mudar al centro de trabajo puesto por la cauchera, en donde solían permanecer uno o dos años ininterrumpidos.

Ya en los años 30, con la consolidación de Mitú como capital de la comisaría, se fortaleció todo el proceso de evangelización en la zona, el cual fue repartido entre las comunidades de los hermanos javerianos y las misiones evangélicas, destacándose entre ellas el Instituto lingüístico de verano.

Si bien, la forma de actuar de ambas instituciones en las comunidades era diferente, el resultado es básicamente el mismo. Casi logran eliminar la diversidad cultural de la zona, prohibiendo a las comunidades hablar su lengua, negando sus tradiciones, y cambiando su forma de vida. Entre los cambios más importantes, está el dejar la Maloka⁴ como forma básica de organización comunitaria.

La insistencia de las misiones por generar en las comunidades indígenas procesos similares a los que se habían desarrollado en occidente, obligó a que las comunidades cambiasen su forma de



organización en torno a la maloka por una forma de organización de familia nuclear. Si bien, el resultado fue una hibridación en que existe la familia nuclear, pero la familia extendida es la unidad comunitaria, el que se abandonaran las formas tradicionales de organización sí ha conllevó a cambios drásticos en las poblaciones.

De igual manera, con la imposición de las religiones cristianas como única forma posible de creencia, destruyó casi por completo el conocimiento que se tenía de las religiones propias, así como de la medicina tradicional y muchos otros conocimientos. La figura del payé fue completamente desplazada, y entró en una debacle que no sólo lo afectó como figura de autoridad, sino como figura religiosa, siendo rápidamente reemplazado por el capitán, quien entró a funcionar como líder político de la comunidad, pero generalmente impuesto por los colonos.

El proceso más fuerte de evangelización en las comunidades del Vaupés se llevó a cabo entre los años 1930, y 1980, sin que esto quiera decir que aún hoy en día no existan campañas misioneras llegando a comunidades alejadas.

La segunda ola de extracción del caucho y la balata sí tuvo un alto impacto en la comunidad del Vaupés, debido a que la antigua limitante que existía con la movilización logró ser superada por medio de la construcción de pistas en algunas comunidades.

La movilidad de avionetas entre Mitú, San José del Guaviare y Villavicencio posibilitó la extracción directa de las materias primas. En comparación al proceso que se desarrolló en la rivera del Amazonas, se dice que la cauchería en el Vaupés no fue tan agresiva, o por lo menos no tan letal como lo fue en las zonas directas de impacto de la casa Arana u otros centros extractivistas.

Propiamente en este departamento las caucherías de blancos que existieron no fueron tan crueles con los nativos, por una razón muy sencilla: eran colonos venidos desde hacía mucho tiempo a estas tierras, casados con mujeres indígenas; entonces, mínimamente ya tenían un sentimiento de pertenencia con la tierra y sus habitantes; los conflictos que se presentaban entre “blancos” e indígenas no se resolvían de forma tan brutal, sin olvidar que sí los hubo (Borrero, Pérez, 2004. Pág.: 206)

Para finales de los años cuarenta, cuando la cauchería ya había bajado su intensidad, nació en la zona otras formas de extractivismo que tendrían un mayor impacto para los recursos naturales. El tráfico de especies animales y vegetales.

La caza, y salida de especies animales de la zona se vio alimentada principalmente por la

creciente moda de las pieles en Europa. Este tráfico no sólo afectaba y afecta, a las especies que se van a cazar, sino que generalmente pasa por la destrucción de otras especies que son usadas como carnada o cebo para cazar otras. Por otro lado, la tala indiscriminada de árboles para el cultivo, sumada a la tala de especies vegetales maderables, generó una fuerte ampliación de la frontera agrícola en la zona y la deforestación de amplias zonas. Estas dos formas de extracción usaron como camino de salida las rutas que se habían creado años antes para la salida del caucho. Estando su bastión en retomar las rutas creadas en el proceso de extracción del caucho.

Esta relación con la tierra también afectó enormemente la dinámica que tenían las comunidades con las chagras, ya que se fueron priorizando formas de monocultivo, y se obligó a las comunidades a tener cultivos permanentes. Sin embargo, por las características de la tierra, la forma de cultivo en chagra pervivió, ya que la tierra para el cultivo requiere descanso y si hace una sobre explotación de un solo territorio, los nutrientes se agotan rápidamente.

A finales de los años 70 aparece en el municipio y en el departamento la bonanza cocalera, que viene a complejizar aún más la situación. La hoja de coca, junto con el tabaco y el yagé o ayahuas-

ca, forman parte de la trinidad de plantas sagradas para las culturas amazónicas, las cuales, dependiendo el pueblo, les permiten comunicarse con otros planos astrales, o desarrollar diversas habilidades espirituales o medicinales.

En el Vaupés la hoja de coca se consumía tradicionalmente en forma de mambe, el cual simboliza el espíritu del hermano, conectando a quienes lo ingieren con su linaje patrilineal. “En comparación con la economía del caucho, la bonanza de la coca tuvo un impacto más fuerte y acelerado sobre las culturas indígenas y sobre el ambiente. Socialmente desestructuró las posibilidades de consolidación de una economía regional basada en la diversificación de cultivos, incorporando los sistemas tradicionales de cuidado, uso, y manejo de la selva” (Peña, 2011, pág. 86).

La región más afectada con la producción de hoja de coca, con fines ilícitos fue el alto Vaupés, teniendo a Miraflores y Carurú como principales puertos para la producción y manejo de la misma.

Los indígenas, sorprendidos ante el poder adquisitivo de las hojas de coca de sus caminos, pasaron a vender sus cosechas y colinos a contratarse como recolectores en siembras especializadas y ejecutores de los trabajos más rudos del procesamiento de la cocaína. El dinero casi por primera vez en sus manos, les permitía

adquirir lo que siempre les había sido negado por la violenta explotación cauchera. El dinero no sólo les permitía abandonar su economía tradicional y obtener exóticos alimentos traídos del interior, sino que puso a su alcance grandes motores fuera de borda, botes, armas, licores, bienes suntuarios exagerados que más tarde se convertirían en chatarra. El dinero volvía devaluado al comerciante, ahora convertido en especulador (Correa R. 1996: 40)

Esta suma de cambios en las economías, se vieron complejizados con el nulo relevo generacional de las comunidades en torno a la tradición y la cultura propia, impulsados especialmente por la iglesia católica, que en el proceso de evangelización llevaba a todos los menores de edad de las comunidades a los internados, donde se les prohibía hablar su lengua, mezclando niños de todas las etnias para evitar que se comunicasen mejor.

Los internados aún hoy en día existen, y son recordados por la mayor parte de los artesanos, quienes relatan cómo, cuando eran pequeños, llegaban las monjas y los curas, comunidad por comunidad, llevándose a todos los niños al internado. Algunas veces ellos tenían que huir a la selva para no ser llevados a Mitú.

La violencia y el adoctrinamiento al que eran sometidos los menores generó unos complejos procesos de aculturación en ellos, impidiendo-

les conocer gran parte de su tradición oral, ya que una vez internados, perdían la relación con sus comunidades, y una vez egresaban, pocas veces regresaban a sus comunidades, ya habían adaptado su estilo de vida al casco urbano.

Es, precisamente en esta brecha generacional existente, donde muchas de las comunidades artesanales han llevado a cabo su proceso de rescate. Contactándose con los y las mayores de la comunidad que no tuvieron que pasar por los procesos de evangelización, y aún recuerdan su cultura material y mitología.

Con la bonanza de la coca, y la narcotización de conflicto armado colombiano, la guerrilla de las Farc, que hasta los años 80 mantenía su primacía en el sur andino del país, emprendió una campaña de ampliación por todo el país. Después de la Octava conferencia de las Farc realizada en 1993 en La Uribe, Meta, zonas que hasta entonces no eran de interés estratégico militar, se transformaron en zonas de interés comercial y político para la guerrilla, con la generación de nuevos frentes de guerra, como por ejemplo el Frente Comandante Jorge Briceño de las FARC⁵.

La entrada de la guerrilla a la zona no implicó grandes complejidades en conflicto, ya que hasta 1998, la presencia de las Fuerzas Arma-

⁵ También conocido como el Bloque Oriental de las FARC, tuvo influencia y casi que total control en gran parte de los departamentos del Meta, Guaviare, Vaupés, Arauca, Vichada, Cundinamarca, Casanare y Boyacá. Estuvo conformado por más de una veintena de frentes.

das de Colombia se restringía únicamente a un puesto de policía en la ciudad de Mitú. El abandono estatal era más que notorio y la guerrilla pudo penetrar fácilmente en el territorio.

Según algunos de los entrevistados, el control militar de la guerrilla era tal, que los policías no tenían permitido salir del casco urbano del municipio, y la guerrilla era la que controlaba la administración de justicia aún dentro del casco urbano.

El conflicto tuvo su más fuerte episodio en la toma de Mitú, realizada entre el 1 y el 3 de noviembre de 1998, a tan sólo tres meses de la posesión del Ex Presidente Andrés Pastrana, y en vísperas de iniciar las negociaciones de paz del Caguán, que iniciarían en enero de 1999.

Con esta acción de grandes magnitudes lo que se traslucía era la intención publicitaria por parte de las FARC de mostrar que podían hacer la transición de la guerra de guerrillas a la guerra de posiciones. La toma de Mitú se da en el marco de las negociaciones de paz con el gobierno de Andrés Pastrana, pretendiendo volcar la mirada de los organismos internacionales sobre el conflicto colombiano y aspirando a la eventualidad de reclamar el estatus de beligerancia. Sobre este tema un testigo de excepción indicaba: Tomarse a Mitú

era muy fácil, cerrar el río, cerrar la pista, y pararse allí y no dejar pasar a nadie, tomar toda una población de rehén, y en ese momento serían los dueños, amos y señores como lo fueron de la capital de departamento, y ser considerados internacionalmente como beligerantes (CNMH, relato suministrado por “Édgar”, 28 de mayo de 2013). (CNMH, 2016. Pág. 128)

La toma de Mitú fue un ataque al casco urbano del municipio, que para la fecha poseía más de 6.000 habitantes, por parte de más de 1.500 uniformados de la guerrilla. La toma se centró en la toma del puesto de policía que tan sólo poseía a 120 uniformados de la fuerza pública, el Banco Agrario y las Instituciones Estatales.

Con duración de más de 25 horas, requirió la asistencia de 1200 unidades del Ejército Nacional para poder realizar la retoma del municipio por medio de la operación Vuelo de Ángel. Esta toma aún se recuerda en el país por ser una de las más sangrientas y de mayor envergadura en la historia del conflicto. El resultado de la confrontación fue el secuestro de 61 policías, 16 policías y 14 militares muertos, y cálculos de 800 guerrilleros muertos⁶.

Después de la retoma del municipio, el ejército empezó a hacer presencia permanente en la zona, iniciando una confrontación di-

⁶ Las cifras de decesos de guerrilleros varían según las fuentes consultadas, estando desde 100, hasta los 1000, sin embargo, la cifra de los 800 es la que más se ha divulgado.

recta con la guerrilla. Esta confrontación se extendió hasta mediados del 2008 según los entrevistados. En esta temporada muchos fueron los desplazados por causa del conflicto directo entre los agentes armados.

También es necesario advertir que en las zonas donde se estabilizó uno u otro agente armado, las violaciones a los derechos humanos de la población civil se vieron en aumento, especialmente con la excusa de sospecha de apoyo al bando contrario. Según los entrevistados en esta temporada muchas comunidades tuvieron un sinnúmero de problemas, ya que por la naturaleza comercial de las dinámicas de alimentación de la selva se habían visto coartadas por los actores armados. También es necesario destacar que las mujeres fueron especialmente victimizadas en este proceso. Los crímenes relacionados con abusos sexuales son de conocimiento público en las comunidades, sin embargo, se reconoce que la mayor parte, por no decir que la totalidad, quedaron silenciados por miedo al conflicto.

Hoy en día el municipio ha recuperado la tranquilidad, y las instituciones estatales han podido desarrollar diversas actividades en la zona para fortalecer el desarrollo de las comunidades, de igual manera, después de la toma, llegaron a la región diversas organizaciones y fundaciones que han apoyado e impulsado el desarrollo de las comunidades, además del rescate y la protección de las tradiciones propias, cuestión que ha sido encabezada por las mismas organizaciones indígenas.



3.

Artesanía en Mitú

El desarrollo de la actividad artesanal en el municipio de Mitú lo podemos entender en distintas fases, en el que se ha pasado del ejercicio de trueque de objetos utilitarios entre comunidades y pueblos, hasta la consolidación de unos procesos productivos artesanales que tienen proyectos para la ampliación de su oferta de productos y servicios, con vistas a la consolidación de mercados turísticos y culturales, pasando por los periodos de casi extinción de los oficios, hasta sus eventuales rescates.

En este trasegar cultural y comercial los objetos artesanales han tenido diversas modificaciones, en tanto han estado en riesgo de extinguirse por presiones externas, como es el caso de la alfarería, o han sufrido diversas intervenciones en diseño para que tuviesen mejor aceptación en el mercado, como es el caso de los balayes.

De los objetos de uso cotidiano que eran en un principio, los objetos artesanales conservan su esencia, pero se han ido fortaleciendo no sólo desde el punto de vista técnico o de diseño, sino que han permitido generar dis-

cursos cada vez más fuertes sobre el valor cultural, la apreciación de la tradición y la posibilidad de comunicar historias propias.

La primera fase de este desarrollo es el que se da antes de la llegada de las caucheras y misiones a la región. Este primer estadio, que podría nominarse como el de trueque, tiene como principal característica que la noción de artesanía aún es inexistente entre las comunidades, y el valor de los objetos está completamente mediado por el uso que se le puede llegar a dar. El proceso de colonización en la zona es apenas existente, y aún no tiene un mayor impacto en la forma en que se relacionaban las comunidades, ya que el mayor acercamiento a las comunidades blancas se ha dado por medio de exploradores.

En esta fase las comunidades siempre estaban abiertas y dispuestas en entablar relaciones comerciales con distintas comunidades o pueblos indígenas de la región. El curare, el yopo, los rayadores y cernidores, así como las semillas, especialmente la de yuca brava, eran algunos de los principales elementos para el intercambio, y era común que las personas de las comunidades tuviesen viajes de semanas para realizar los intercambios (Peña, 2011)



En esta relación de trueque era común que algunas comunidades se especializaran en realizar cierto tipo de objetos o productos, por los cuales eran reconocidos por otras comunidades. Un ejemplo que destaca particularmente en esta fase es el de la comunidad de los Kakuas, quienes hasta mediados de los años 60 aún conservaban un estilo de vida nómada. Según relatos de los cubeos y de los mismos Kakuas, era común que los cubeos hicieran bailes y cantos para convocar a los Kakuas al intercambio. Los objetos para el intercambio eran dejados en la parte trasera de la maloka, y estos solían ser maíz, casabe y pescado. Como característica del trueque se tenía que se solía dar lo que se pensaba que necesitaba el otro y no los excesos que se producían dentro de la comunidad, dejando un principio ético en el que primaba la necesidad y no la ganancia.

Según lo relatado por algunas personas, el trueque con las Kakuas tenía como característica que no solían hacer contacto directo, sino que este estaba mediado por la noche, en donde sólo hasta el amanecer los cubeos sabían qué les habían dejado en trueque, generalmente productos de cestería y animales producto de las cazas que realizaban en el monte. Esta relación de intercambio entre las comunidades es tan mítica en el municipio que se llega a decir que tradicionalmente los cubeos no tejían sus propias cosas, sino que la obtención de toda la cestería se daba era

por medio de los kakuas. Si bien, esto parece ser una exageración, hoy en día aún se reconoce a los kakuas por sobre otras comunidades por su experticia en el trabajo con fibras.

Este periodo de trueque se vio fuertemente truncado por las dinámicas impuestas en los periodos de la cauchería en la región, y con la entrada de nuevas formas de producción extractivista a la zona.

Para empezar, lo más común era que las caucheras proveyeran a los individuos de las comunidades con objetos de uso o de consumo, como hamacas, ropa, ollas, sal, entre otros. Generando para con los caucheros deudas que las familias debían pagar con largas jornadas de trabajo, el cual no se realizaba desde la propia comunidad, sino que para cumplirlo debían trasladarse a las barracas de los caucheros. Esta salida obligada de la comunidad rompía fuertemente los lazos propios de las malocas, ya que para saldar una deuda con los caucheros fácilmente se podía tomar dos o tres años de trabajo, y generalmente se iban acompañados por su núcleo familiar más cercano.

La extracción del caucho, de la balata, así como de pieles de animales exóticos, se dio en la región desde finales del siglo XIX hasta finales de los años 80 del siglo pasado.

La entrada en las lógicas de comercio se vio, a su vez complejizada por la entrada de las misiones católicas y evangélicas a la región a finales de la década de los años 30.

En esta mezcla de factores, se dio el proceso de colonización de las comunidades de la zona, lo cual abre las puertas a la segunda fase de este proceso, el de pérdida de las tradiciones artesanales.

La extinción de los oficios se dio de diversos modos y dependiendo del oficio, pero especialmente dependiendo de la comunidad religiosa que llegó a la comunidad. Por un lado, las comunidades que estuvieron bajo el dominio de las comunidades católicas (especialmente los hermanos javerianos) vieron como sus procesos se vieron truncados en el momento que las monjas y curas llegaban a llevarse a los menores de edad al internado en Mitú, truncando los procesos de relevo generacional, prohibiendo, inclusive, a las personas hablar sus propias lenguas. Por otro lado, las misiones evangélicas en un primer momento brindaban regalos a las comunidades para ir ganando su confianza y poco a poco iban, en su propia lengua, enseñando la biblia y satanizando la producción de ciertos objetos.

En el proceso de negación a los desarrollos culturales propios, los oficios más golpeados fue-

ron la alfarería y la talla en madera, el primero en tanto fue remplazado por la comercialización de objetos en cobre, aluminio, vidrio y posteriormente plástico, así como la eliminación de recipientes con valor místico, como el del yopo o chica. Y la talla, eliminada por sus altos valores en las religiones y tradiciones culturales propias.

La cestería, en este proceso de eliminación no fue tan golpeada debido a que, independientemente de la religión, los procesos relacionados a la extracción del veneno de la yuca brava eran indispensables para la vida en la selva, haciendo que la enseñanza de los objetos relacionados con el casabe y maíz se mantuviera intacta.

La tercera fase de desarrollo del proceso de salida de las artesanías, y con ella, la apertura económica del mercado artesanal de Mitú, inicia en los años ochenta, con personas que iban a la zona y compraban a artesanos diversos productos para luego revenderlos en Villavicencio y Bogotá. Las comunidades más beneficiadas con estos procesos eran las de la Wacapurí y del río Acaricuara, además de las comunidades que vivían cerca a el casco urbano del municipio. Vale resaltar que, para esta época, la guerrilla de las Farc ya tenía control sobre la mayor parte del departamento, sin embargo, la movilización de la mercancía no era un problema mayor para el proceso, y las comunidades indígenas se encontraban alejadas del cultivo de la hoja de coca, la cual

se cultivaba principalmente en el alto Vaupés.

Según Leticia López, un enviado de Artesanías de Colombia, Emilio Cardozo, fue uno de los principales compradores de los productos entre los que se encontraban trabajos con cortezas de árboles, revisteros, y bastones de mando.

Esta primera etapa de crecimiento comercial de la producción artesanal no fue muy grande y en ella no se vieron involucradas muchas comunidades o individuos, a tal nivel que tan sólo sobreviven pequeños rumores sobre el proceso y no es sino hasta 1991, en que las propias comunidades empiezan a salir del territorio a comercializar sus productos.

La cuarta fase del proceso puede entenderse como el despertar de la comercialización de las artesanías por parte de las propias comunidades, la cual se da en consonancia con la promulgación de la constitución de 1991, y toda una reflexión emergente desde los territorios indígenas que buscan valorar y que sean reconocidas las culturas propias, que, en el caso del territorio, desembocaría en la consolidación de la OPIAC⁷.

Una de las personas que lideró este proceso fue Leticia López, oriunda de la comunidad del Timbo, en la cachivera Waracupurí, una de las comunidades que desde años antes ya comercializaba artesanías para los pocos comerciali-

zadores existentes. En 1991, cuando vivía en la comunidad de Acaricuara, de donde era originario su esposo, fue nombrada por su comunidad como presidenta de la asociación de mujeres, y en un esfuerzo mancomunado de ella, su esposo, y los capitanes de las comunidades del sector, y con el apoyo de una ONG⁸, asistieron al primer evento artesanal por fuera del departamento: la Feria de Manizales, en donde ganaron la medalla de oro en el certamen artesanal.

Según comenta Leticia, en esta primera feria sólo asistió una de sus compañeras de comunidad, y llevaron versiones pequeñas de los balayes, así como de los cernidores y los sebucares, además de variedad de tallas de madera de los pueblos Tucano y Cubeo, que por experiencia de los comercializadores que aún hoy en día se encuentran en el municipio, sabían que tenían una gran recepción en el público.

Ya para el año de 1994, la comunidad del Acaricuara había consolidado un mercado en Mitú, a donde iban cada cierto tiempo a vender su producción, abriendo así la posibilidad de comercialización como forma de ingreso económico permanente para las comunidades indígenas.

⁷ La OPIAC es la Organización Nacional de los Pueblos Indígenas de la Amazonía Colombiana, fundado en la ciudad de Mitú en 1995, constituido por 56 pueblos indígenas que habitan el amazonas colombiano.

⁸ Lastimosamente nadie pudo dar referencia del nombre de la Organización.

De esta cuarta fase del desarrollo artesanal, es necesario destacar la asistencia ya mencionada a la Feria de Manizales, y la entrada de los pueblos del Vaupés, en cabeza de Leticia López, a Expoartesanías en el año de 1995, participación que hasta el día de hoy se sigue presentando.

En este periodo entran en escena comunidades como Villa María, conformada por la familia Bernal, quienes son de las primeras comunidades en generar una organización completa en torno al proceso artesanal, específicamente del Balay.

La comercialización de esta época se basaba en la intermediación, por medio de la cual de diversas comunidades de desanos, sirioanos, cubeos, kakuas y tucanos llevaban sus productos hasta Mitú, y allí los dejaban en consignación para que Leticia, o alguna otra de las comercializadoras, como Amelia Arbeláez, lo vendiese en las ferias en las grandes ciudades.

Este proceso se vio fuertemente afectado por la toma a Mitú, ya que posterior a la toma, y ya bajo el control del ejército el casco urbano del municipio, las confrontaciones entre el Ejército Nacional y la guerrilla de las FARC tuvieron paralizada la circulación de las comunidades indígenas, ya que ambos frentes sospechaban permanentemente del apoyo de estas al bando contrario. Esta situación trajo consigo que

la producción y comercialización de las artesanías casi que se detuviera en su totalidad, además del fuerte deterioro de la calidad de vida de los habitantes de las comunidades indígenas.

No es sino hasta mediados del 2004, cuando el Ejército Nacional despeja las inmediaciones del municipio, cuando se reactiva la actividad comercial de las comunidades, iniciando la quinta fase del proceso artesanal en el Mitú.

La quinta fase se caracteriza por la llegada de diversidad de Fundaciones, Organizaciones No Gubernamentales, apoyo internacional e instituciones estatales al sector, además del regreso de muchos desplazados que habían tenido que dejar sus territorios por las constantes confrontaciones con los actores armados. En esta fase inician trabajos comunidades como Cubay, Puerto Golondrina, Villa María, Puerto Tolima y Wacara, todas ellas con un fin común, iniciar un proceso de rescate de los procesos artesanales tradicionales, y a partir del mismo iniciar un nuevo discurso sobre la artesanía que les permita resignificar su permanencia como comunidades indígenas, que a su vez son confesionales (católicas o evangélicas), pero con una nueva visión sobre los procesos productivos.

Dos de los grandes protagonistas en esta fase de reactivación de la actividad artesanal en el municipio han sido Artesanías de Colombia y la Fundación Etnollano, de las cuales se



analizará la participación en cada una de las comunidades. Además de diversos apoyos como el del Sena, u organizaciones católicas y evangélicas que han visto en la artesanía.

El común denominador en los procesos de apoyo a las comunidades artesanales se encuentra en la recuperación de los oficios, la transmisión de saberes para fortalecer la producción y los conocimientos sobre los mismos. Además de un gran apoyo financiero para la participación en diversidad de eventos, tanto regionales, como nacionales e internacionales.

4.

Oficios artesanales

Como ya se ha dicho, la artesanía es una cuestión inherente a las comunidades indígenas que habitan el Vaupés, sin embargo, sólo algunas han logrado desarrollar formas de producción y una sistemática comercialización que les permitan sacarla del territorio a otras zonas, construyendo para sí mismos unos estándares de calidad y un reconocimiento comercial.

Entre las comunidades que han tenido como un eje fundamental para el desarrollo se encuentran Villa María, Puerto Tolima y Wacará, como productoras de cestería; y Cubay y Puerto Golondrina como productoras de alfarería. A continuación se hará una breve reseña de cómo ha sido el desarrollo artesanal en cada una, además de las relaciones que han tenido entre las comunidades, y el proceso productivo en torno a cada oficio.



Cestería: Wacará, Villa María y Puerto Tolima

La cestería es un oficio esencial para el desarrollo de las culturas de la selva amazónica, ya que del oficio no sólo depende el realizar objetos como recipientes o cestos, sino que se eleva su uso a la ligazón que tiene con la yuca brava, principal alimento para las comunidades de la región, y que se caracteriza por la necesidad de extraer el veneno del tubérculo.

La yuca brava se consume principalmente de dos formas, como casabe y como mañoco. Para la preparación de ambos alimentos se utilizan productos de cestería, los cuales siempre son realizados por los hombres de la comunidad, cuestión que se replica en la tradición artesanal, siendo los hombres los principales artífices de los balayes, que constituyen la principal pieza de producción artesanal.

Para la preparación de la yuca brava se utilizan el matafrío, el volteador, el cernidor y el balay. El matafrío o sebucán se utiliza para extraer el veneno de la yuca, exprimiendo la masa de la yuca hasta que todo el jugo salga. El volteador para girar las arepas de casabe en el tiesto. El cernidor se utiliza para hacer mañoco, y el balay para guardar las porciones de casabe.

La producción artesanal de estos dos objetos nace desde el propio intercambio entre las comunidades, siendo la más tradicional para el suministro de estos, especialmente de los cernidores y balayes, las comunidades de sirianos y desanos, de donde proviene el nombre de los dos principales tipos de balayes.

Para los cestos y canastos, se destaca la labor de los indígenas kakuas, quienes tradicionalmente son los que realizan los cestos en bejuco de yaré.

Los indígenas Kakuas⁹ son de tradición nómadas, y habitan la región entre el río Vau-pés y el río Querarí, de ellos hoy en día sólo hay una comunidad, Wacará, fundada en los años cincuenta por compañías de evangélicos. En esta comunidad se asientan alrededor de 35 familias que han abandonado su vida nómada y se han organizado de forma sedentaria. En la comunidad aún conservan vínculos con algunas otras familias kakuas nómadas, sin embargo, restringen el contacto con ellos para la protección de los nómadas.

Este grupo indígena ha sido poco estudiado por su bajo número de habitantes y la dificultad de contacto con estos. Sin embargo, se sabe que su lengua, el kakua, comparte una familiaridad de cerca del 90% con el nukak, mostrando así una fuerte familiaridad con este otro grupo étnico. Sin embargo, por la misma

⁹ Kakwas o cacuas

familiaridad, se reconoce que desde tiempos precolombinos esta comunidad, perteneciente al grupo de los Maku, era reconocida por sus redes de comercio con otros pueblos, especialmente de semillas, canastos, curare, cernatanas, y algunas materias primas que sólo se encuentran en las profundidades de la selva (ONIC, 2018) (Ministerio del Interior, 2018).

Según cuentan otras comunidades, y ellos mismos, desde siempre ellos fueron los grandes proveedores de cestería para otras comunidades, reconocida por sus altos estándares de calidad, no sólo en balayes, sino en canastos de fibra de yaré. Ellos tan sólo han asistido dos veces a ferias, en ambos casos a Expoartesanías en Bogotá en los años 2015 y 2016, con apoyo de fundaciones y planes gubernamentales.

Las comunidades más tradicionales y reconocidas en tanto comercialización de artesanías han sido Puerto Tolima y Villa María, ambas comunidades de cubeos del río querarí. Estas comercializaban con Leticia López a inicios de los años noventa, pero no es sino hasta el año de 2007, en que Artesanías de Colombia llega con programas de fortalecimiento, específicamente el proyecto Orígenes, que logran potencializar la labor.

En el momento de entrada del proyecto, ambas comunidades funcionaban como un solo

grupo de artesanos, en los que principalmente se dedicaban a producir balayes. Según cuentan, con la entrada del programa no se hicieron modificaciones sustanciales a la elaboración de los objetos, pero sí a los estándares de calidad con los que trabajaban.

El impacto más fuerte fue que empezaron a comercializar productos de forma directa. Para el año 2010, su capacidad de comercialización había crecido tanto, que las comunidades decidieron separarse. Si bien, aún hoy en día conservan fuertes vínculos de asocio, funcionan de manera independiente.

Balay, producción

Los Balayes son productos tradicionales de las comunidades amazónicas, utilizados principalmente para almacenar el casabe. De estos hay dos tipos, el Balay Siriano y el Balay Curripaco. La única diferencia sustancial entre estos dos tipos de balay es la terminación, ya que ambos utilizan las mismas materias primas, los mismos colores para su tinte y poseen la misma forma, circular. La forma de denominarlos como sirianos o curripacos, se da por tradición, pero cualquiera de las comunidades generalmente conoce cómo realizar ambos. En la última década a ellos se les sumó el Ba-

lay ovalado, el cual fue producto de la innovación en diseño de las mismas comunidades.

El balay que se vende comercialmente dista poco del balay tradicional que se utiliza para el casabe, en este último podemos ver que no existe tanta precisión para las terminaciones y no suele hacerse con colores en la parte interna, aunque sí aparecen en los remates.

En las comunidades artesanales del Mitú, Wacará, Puerto Tolima y Villa María, se realiza el balay siriano, ya que según ellos es el que tiene mucha mayor aceptación comercial. Si bien, en las tiendas de artesanías de Mitú se consigue fácilmente balayes curripacos, estos llegan al municipio por comercio con comunidades alejadas, que eventualmente bajan al pueblo tras varios días de travesía para comercializarlos. Lastimosamente en el trabajo de campo realizado para el presente documento no fue posible contactar con ninguna persona que lo realizara de forma tradicional o habitual.

El proceso para elaborar los balayes inicia con la recolección de las materias primas, que son la guarumá y el bejuco yaré. Ambas plantas sólo se encuentran de forma silvestre en la selva, estando la palma de guarumá en la rivera de los caños, y el yaré en las zonas más retiradas, algunas veces a varios días de camino.

La guarumá (Hiervascospitas) logra alcanzar hasta los 6m de alto, poseen tallos nume-



rosos, de color verde intenso y redondos, así como hojas en forma de abanico en el extremo de los tallos. Una sola planta puede tener hasta 10 tallos (Ministerio de Comercio, Industria y Turismo. Artesanías de Colombia, 2013).

“La Palma de Guarumá se encuentra ampliamente distribuida en el clima cálido de la Amazonia y el Chocó Biogeográfico, con algunas poblaciones pequeñas en otras regiones. Dado que se encuentra desde la selva hasta ambientes disturbados semiabiertos o abiertos, en los cuales se presentan poblaciones muy vigorosas que se reproducen rápidamente, por lo general los artesanos tienen acceso a suficiente materia prima, sin embargo es evidente el agotamiento de sus poblaciones a nivel local, por un lado, por la ampliación de la frontera agropecuaria, las actividades mineras y la actividad forestal que destruyen el hábitat de las especies, y por el otro el uso indiscriminado y la tasa de extracción de las fibras que no permiten la recuperación de las plantas y llevan a la disminución de sus cultivos” (Ministerio de Comercio, Industria y Turismo. Artesanías de Colombia, 2013, págs. 8 - 9).

Los Bejucos conocidos como Yaré son plantas hemiepífitas, que inician su vida en el suelo del bosque y desarrollan tallos verdes, delgados y muy largos, los cuales trepan hasta las ramas

más altas de los árboles, desde donde emiten raíces adventicias que cuelgan hasta el suelo y se enraízan allí. Estas raíces, delgadas y extremadamente resistentes, son la materia prima utilizadas en amarres y en cestería. Las hojas son simples, alargadas y angostas y están dispuestas en filas a lo largo de los tallos. Las flores son diminutas, blanquecinas y están densamente agrupadas en una espiga cilíndrica y carnosa, envuelta en una bráctea blanca o blanco amarillenta, que se cae en la madurez, cuando los frutos se tornan de color anaranjado intenso.

El yaré depende de la estructura de la selva para establecerse, desarrollarse y reproducirse. Su estado adulto lo alcanza sobre grandes árboles de bosque, de más de 20cm de diámetro, desde los cuales el Bejuco Yaré lanza raíces de más de 10m de longitud. Por lo tanto, la destrucción de los bosques, afecta directamente la supervivencia de las poblaciones. En un estudio sobre la especie se encontró que el Yaré tiene preferencia por bosques maduros y que la extracción de raíces podría tener un impacto fuerte sobre el crecimiento de las plantas, a juzgar por el alto porcentaje de raíces cortadas que no volvieron a rebrotar (63%), mientras que las raíces restantes de raíces cortadas produjeron sólo una raíz comercial a una tasa de crecimiento de 220cm por año. Con base en estas cifras concluyeron que se necesitarían muchas décadas para volver a recolectar de manera intensiva un lote de bosque

ya cosechado (Ministerio de Comercio, Industria y Turismo. Artesanías de Colombia, 2013).

La recolección de la guaruma se realiza durante todo el año, y la del yaré se suele realizar de forma conjunta con la caza, ya que es necesario adentrarse mucho en el bosque para poder encontrarla. Hoy en día las comunidades se encuentran muy preocupadas debido a que el yaré se encuentra demasiado lejos de las comunidades, algunas veces hasta a dos días de camino, dificultando bastante su recolección.

Para recolectar la guarumá se cortan con machete la base de los tallos, haciéndolo lo más cerca a la raíz posible. Generalmente no se cortan todos los tallos de un mismo espécimen para que este pueda retoñar prontamente. El periodo de recuperación total de un guarumo suele ser de cuatro a seis meses.

Para recolectar el yaré lo más aconsejable es subir al árbol, y con el machete cortar la raíz lo más cerca posible al nacimiento, sin embargo, las plantas al estar en árboles tan altos, generalmente no son aptas para escalar, razón por la cual muchas veces las comunidades prefieren arrancar la raíz jalándola, lo que termina en destruir por completo la planta.

En el interior de las comunidades hay bastante conciencia sobre el problema de abastecimiento del yaré, lo que ha permitido lle-

gar a consensos claros sobre cómo debe ser la forma de explotarlo. Uno de ellos es el no cortar raíces que aún no se encuentren completamente maduras, y protegerlas para que en el futuro estas raíces sean utilizables.

Una vez recolectada la materia prima, la guarumá puede ser utilizada hasta el mes después, sin embargo, en las comunidades prefieren hacer almacenamiento del mismo una vez esté listo para el tejido, en vez de guardarlo como tallo. Según las entrevistas realizadas en campo, tan sólo es necesario pelar la superficie del tallo, y hacer cortes perpendiculares a la base del mismo para extraer las fibras necesarias para el trabajo. Algunas personas optan por lavar las fibras con arena para dar un aspecto más liso y brillante, sin embargo, no es una regla general.

El yaré para ser almacenado requiere ser sumergido en agua, pero al igual que el guarumo, generalmente prefieren almacenarlo una vez esté listo para ser trabajado. El raspado del bejuco requiere que la corteza del mismo sea quemada entre 45 y 50 minutos, en los que se va girando sobre la llama para conseguir una quema pareja. Una vez la cáscara toma un color café ahumado, el yaré es sumergido bajo el agua durante un par de días.

Posterior se deja secar, y con el uso de un cuchillo se raspa la corteza. Por último, se lija en bejuco para que quede completamente liso. Esta última parte del proceso no se realiza siempre.

Para la tintura de las fibras generalmente se utilizan dos insumos, el tizne de carbón, que da el color negro, y el achiote, que da un color rojo brillante. Además, algunas personas tienen conocimiento sobre otras tinturas, como, por ejemplo, raíces que dan el color amarillo, pero no son usadas usualmente en el proceso.

Para el tinte con achiote, se recoge el fruto del árbol del mismo nombre, se abre, y se le extrae la pulpa. Con esta, sin adición de agua o cualquier proceso ulterior, se tintura la fibra. SE debe tener como precaución que se debe tinturar una vez abierto el fruto. Por otro lado, la tintura con el tizne se obtiene gracias a que en la zona aún priman las cocinas a leña. Los residuos que quedan de esta, pegados a las paredes y a las estufas, se retiran con un cuchillo, pulverizándola con las manos.

Para la aplicación de los tintes, tradicionalmente se utiliza el bejuco guacamayo, al cual se le retira la corteza para realizar la aplicación del tinte sobre la fibra. Se prefiere el uso de esta fibra, ya que gracias a su resina la tintura suele tener un mejor agarre y dar mayor brillo.

Se suele repasar el tinte dos o tres veces para aumentar la intensidad del color, con un lapso de 20 minutos entre cada repaso.

Para armar los balayes se cortan las fibras dejando un excedente de no menos de cinco centímetros a la fibra. Es decir, si el balay a realizar posee un diámetro de 30 cm, se suelen cortar las fibras de por lo menos 35 cm.

Para el armado del balay se realiza un tejido plano en el que se entrecruzan las fibras. De la forma en que se disponen los colores, se produce el diseño final del balay. Vale resaltar que no existe un consenso en las comunidades, o por lo menos un conocimiento directo por parte de los artesanos, por sobre el nombre de los tejidos, así mismo que por la simbología que en ellos se guardan. Existen múltiples interpretaciones que varían de comunidad en comunidad, e inclusive entre artesanos. Aunque es claro que esto no es en todos los tipos de diseños, aquellos que tienen formas más o menos definidas, y que se encuentran fácilmente en otros productos, como por ejemplo la simbología de la boa, sí son de reconocimiento generalizado.

En el balay, cada una de las fibras suele tener no más de dos milímetros de ancho, y no dejar espacios en el tejido, a diferencia de los cernidores, cuyas fibras son más delgadas y dejan espacio entre una y otra, con el fin de poder

hacer la fariña. Los cernidores no suelen ser comercializados por fuera del uso específico de la fariña, así su comercialización fuera de las comunidades es reducida.

Para el proceso de armado los artesanos tienen moldes circulares realizados con bejuco, que les permiten dimensionar mejor el producto final. En el molde se pone el tejido plano de guarumá, y se dan cuatro puntadas que lo mantienen fijo. En este molde también logran darle al tejido la forma cóncava tradicional de los balayes.

Para el cerrado con el bejuco, se suele dar una vuelta de bejuco en la parte posterior del balay, bajo el molde. Este sí se cose bien al tejido, procurando que las puntadas sean parejas.

Se retira el marco de bejuco, y se recorta los excedentes de tejido.

La característica central de los balayes sirianos consiste en que el remate realizado al final del balay, en su parte anterior, consta de varias vueltas de bejuco yaré tinturado, el cual sirve para ocultar las puntadas que la sujetan al armazón posterior y ofrecer mayor resistencia. Este remate de yaré puede ser de tres o hasta de cinco vueltas, y como patrón de calidad se encuentra que debe tener en sus bordes un corte diagonal que no genere monturas entre una y otra vuelta.



El remate de Yaré en la parte anterior del balay suele ir pintada con achiote. Dependiendo del artesano esta pintura se aplica al final o antes de poner el bejuco, siendo preferible que se realice antes, evitando así fragmentos mal pintados, especialmente aquellos donde no logran introducir la pintura, una vez el yaré ya esté cosido al balay.

Con respecto a los balayes curripacos el remate se realiza con una cintilla de guarumá, la cual es tejida de la misma manera que el cuerpo del balay. Esta cintilla que suele tener de 5 a 10 cm de ancho, se sobre poner al borde del balay, recubriéndolo completamente, y poniendo una vuelta de bejuco en la parte anterior y posterior del mismo.

Alfarería: Cubay y Puerto Golondrina

La alfarería es un oficio común a las comunidades de la región amazónica, ya que por medio de la cocción de la arcilla se realizan objetos indispensables para las labores diarias, destacando en ellas la construcción de los tiestos para cocinar los alimentos, pero así mismo hay que entender que muchos de los objetos realizados con este oficio se han perdido en el proceso de colonización y evangelización de las mismas.

En el proceso de rescate realizado desde inicios del milenio por parte de las comunidades del

Vaupés, la alfarería se ha encontrado encabezada por las comunidades de Cubay y de Puerto Golondrina, en ambas desarrollando intensivas investigaciones sobre las técnicas, sobre los objetos mismos a realizar y su simbología.

La primera en iniciar el proceso artesanal es Cubay en 2006, de la mano Etnollano, fundación que para ese momento lideraba el Proyecto Productivo Autosostenible, en el cual se buscaba que las comunidades desarrollasen proyectos desde su tradición para el fortalecimiento de su economía. En este proceso, y durante cuatro años, desarrollaron una fuerte investigación sobre cómo es el proceso de producción de la alfarería, así como la simbología que tradicionalmente tenía.

El proceso de rescate se dio después de que la comunidad tuviese que reasentarse debido de un fuerte proceso de desplazamiento, que había llevado a su líder, Rodrigo López, a Puerto Inírida, donde la alfarería aún se conservaba y había visto la potencialidad de este oficio.

El proceso de investigación con Etnollano culminó en 2010 con la asistencia de la comunidad a la Feria del Campesino, desarrollada en Mitú, en donde mostraron los productos resultantes del proceso. Las ollas y jarrones fueron alabados por las otras comunidades y por los partici-

pantes al evento, ya que en Mitú esos objetos se habían dejado de ver durante varias décadas.

El año siguiente la comunidad participó, con el auspicio de etnollano, a Expoartesano, en donde encontraron una gran acogida de sus productos, sin embargo, así mismo notaron las debilidades que tenían para la adaptación a estos entornos. Hasta ese momento las ollas, tinajas y demás, se habían centrado en el rescate de objetos ancestrales, pero estos no eran completamente útiles para las ciudades. De los cambios más fuertes que tuvieron que adaptar para poder vender los objetos en las ciudades, fue incluirles agarraderas y aprender a hacer tapas, elementos que no aparecen en la tradición.

Paralelo a Cubay, la comunidad de Puerto Golondrina también desarrolló un fuerte de proceso de rescate cultural. Si bien ambas comunidades son de indígenas cubeos, el proceso de rescate los llevó por distintos caminos. La comunidad de Puerto Golondrina a diferencia de Cubay, encontró en el proceso de rescate el valor de las figuras de animales, silbatos, pero también de las ollas y tinajas, sin dar tanta relevancia a la simbología, siendo necesario aclarar que esta comunidad hizo el proceso de rescate sin acompañamientos institucionales.

Ambas comunidades tuvieron su principal cambio en la forma de producción en 2007,



cuando Artesanías de Colombia intensifica su relación con las comunidades. En este año la Empresa desarrolla hornos para las comunidades, haciéndolas a partir de canecas metálicas, cubriendo el interior con ladrillos.

La construcción de los hornos hace que las comunidades abandonen completamente su forma de cocción tradicional, pero les permite potenciar su producción artesanal.

Producción de la alfarería

Según la tradición la arcilla son los residuos del güio, y es de tres tipos, la arcilla azul, roja y blanca, siendo la azul la de principal uso por Cubay, y la blanca y roja por parte de Puerto Golondrina, esto sin querer decir que sea un uso exclusivo.

Ambas comunidades como parte de su tradición solicitan permiso a los espíritus animales de la zona de donde extraen el material, ya que estos son los protectores del territorio.

En el caso de Cubay el proceso de extracción se hace en comunidades cercanas, especialmente en el caño de la Nigua y del sapo, ya que en las inmediaciones de la misma no existen zonas de extracción. Por parte de Puerto Golondrina se suele hacer en la misma comunidad, o en las zonas aledañas a la misma, dependiendo del tipo de arcilla a utilizar.



Era tradicional que la extracción de la arcilla, así como todo el proceso productivo de la alfarería fuera exclusivo de las mujeres, y se decía que si el hombre llegaba a participar en parte del proceso tendría una mala temporada de pesca. Sin embargo, esta tradición se ha abandonado y hoy en día hombres y mujeres participan en todo el proceso productivo.

El período de extracción es en la temporada de verano, entre enero a marzo, tiempo en el cuál realizan distintos viajes para extraer en total entre una tonelada a tonelada y media de arcilla. Ya que durante los siguientes meses del año el nivel del río sube y es imposible acceder a la zona de extracción. Cuando es extraída la arcilla, esta se almacena durante todo el año y se mantiene en costales recubiertos de plástico, humedeciéndola eventualmente.

Además de la arcilla, se utiliza como material secundario la ceniza que genera la quema de la corteza de árbol (palo de cemento); la corteza se extrae cada vez que se necesita, aproximadamente cada tres meses y se guarda en lonas en cada taller. Se extraen 10 13 bultos que se reparten de a 2 para cada taller. Se mezcla en cantidades iguales con la arcilla como parte del alistamiento de material.

La extracción de la corteza tiene como ventaja que el árbol regenera en periodo de unos seis meses la corteza, haciendo que su extracción

no genere mayores impactos ambientales.

Como insumos para el proceso de engobe se encuentra la pintura que se elabora mezclando la leche del árbol de juansoco con arcilla amarilla, roja y blanca, según se requiera el color. O se aplican colores minerales que se compran por kilo y se mezclan con agua para pintar las ollas de cerámica antes de la quema.

Para la producción de las piezas, la ceniza es molida en el pilón y luego cernida en un cernidor fino. La ceniza no se almacena, solo se muele la cantidad necesaria cuando se va a mezclar. La mezcla de uso más generalizado entre los artesanos de la comunidad Cubay es: 50 % de arcilla y un 50 % de ceniza.

Se mezcla en una proporción de mitad de arcilla blanca o azul y mitad de ceniza ya cernida con agua en un contenedor plástico. Se le va agregando agua gradualmente. La prueba para saber si está lista es probándola con la boca y debe sentirse arenosa. Amasan la arcilla preparada sobre una superficie y una vez homogeneizada por medio de presión, se va enrollando con las manos para lograr un bloque homogéneo y suficientemente plástico para el trabajo.

Cuando la mujer está menstruando no puede realizar ninguna parte del proceso, ya que se

crea que, si lo realiza, las piezas se pueden torear. Así mismo, el día anterior a la quema de los productos, quienes vayan a manipular el horno y las pizzas no pueden tener relaciones sexuales.

La mezcla se debe amasar con las manos sobre una superficie de madera preferiblemente para que no se pegue sobre la superficie, o con los pies en una superficie plástica, generalmente una tapa o algo firme.

Para realizar el moldeado de las piezas se pueden utilizar diversas técnicas, entre las que destacan el torno, el modelado y el rollo, siendo esta última la más común y usual en las comunidades.

Las ollas y tinajas se suelen realizar con la técnica de rollo. Empezando con la base, la cual se inicia con una bola que se ubica sobre una torneta o una mesa, se aplana con la mano hasta formar una placa que será la base de la pieza y tiene las medidas aproximadas del objeto que se va a modelar y un espesor de aproximadamente 1 cm.

Se revisa que la placa tenga un calibre uniforme y que no tenga piedras ni grumos, se golpearla con la palma de la mano hasta que vaya adelgazando a 8mm. Luego se debe colocar el primer rollo sobre la base, pegando bien la pared inicial para que no haya diferencia entre base y

pared. El diámetro o grosor del rollo dependerá del tamaño de la pieza a realizar, partiendo desde 2 cms para tazones hasta 3 cm para ollas.

Una vez levantada la pieza con el rollo, los bordes y las paredes exteriores se alisan con una espátula plástica y las paredes internas con una caña de plátano, buscando siempre dar a la pieza una superficie pareja y libre de impurezas como arena, piedras y otros elementos que puedan afectar la calidad final del producto.

Para elaborar un cuenco de 15 cms de diámetro, puede llevar de 20 a 30 minutos, dependiendo de la habilidad de la artesana.

La pieza se deja secando cerca de 2 horas, generalmente sobre la misma mesa de trabajo y en la sombra para que adquiera el estado cuero, que es cuando al hacerle una incisión se marca pero no se deforma. Luego se raspa la superficie exterior con un cuchillo para disminuir el peso y el calibre de las paredes. Se recomienda que los bordes de la pieza queden de aproximadamente 5 mm. Luego se elaborarán asas o las tapas de ser necesario.

Se terminan de alisar las paredes y se definen mejor los bordes y filos de la pieza con ayuda de la torneta, espátula y caña. Luego se deja secar en la sombra aproximadamente 12 horas.

Para otro tipo de objetos como figuras animales, se hacen esferas de arcilla, las cuales se van



uniendo, dependiendo de la forma del animal que se desea hacer. Poco a poco, añadiendo más y más partes a la pieza, la cual se deja secando un par de horas para que llegue al estado de cuero.

Una vez la figura tiene la superficie en cuero, se procede con la gubia a hacer los detalles de la pieza, como los ojos, orejas y demás. Por último, se procede con una gubia a vaciar el interior de la pieza, procurando que el interior de cada una sea lo más delgado posible. En el caso que el grosor de una parte no sea el suficiente como para extraerle arcilla, se procede a hacer agujeros en las partes menos visibles de la pieza.

El proceso de engobe o de pintura para las piezas, se prepara según el color que se desee en la pieza final así: Con arcilla amarilla para el color rojo. Con arcilla blanca para obtener el color blanco. Se raya la cantidad de arcilla a utilizar una pizca del mineral del color que se desea aplicar y se le agrega agua para lograr una mezcla que cuando se cargue el pincel, no gotee. Se pinta la pieza a mano mientras la pieza está en estado cuero para que la arcilla pueda absorberla.

Para algunas piezas, bien sea de figuras, tinajas u ollas, se procede a hacer el bruñido, el cual consiste en frotar una piedra del río, tradicionalmente traída del río Apaporis y heredada de generación en generación.

El bruñido se hace dos o tres días después de armada la pieza, y para este proceso se debe tener precaución de no repasar demasiado las zonas en que se aplicó el engobe, so pesar de borrarlo. En caso tal, se hace necesario repasar esta parte de la pieza.

Otra forma de dar terminados a la pieza es realizar grabados en bajo relieve, para realizar estos se usan grabadores de punta plástica redondeada, máximo de 3 mm de diámetro, para que no vayan a traspasar las paredes de la pieza.

Después de modelada, pintada o grabada la pieza, deberá ubicarse en una superficie limpia, preferiblemente una mesa y dejarse secando a la sombra en un lugar fresco. Aunque el tiempo de secado depende de la temperatura y la humedad del clima, en Cubay y Puerto Golondrina, la pieza puede permanecer en secado así: tinajas de 5 galones hasta 15 días, ollas pequeñas 10 días y las más pequeñas entre 3 y 6 días. El lugar debe estar cubierto evitando que le caiga polvo o suciedad a la pieza o le den los rayos del sol directos a la pieza.

La quema tradicional se realizaba en la parte posterior de las casas o malokas, y consistía en poner las piezas de arcilla rodeadas por leña a sus costados y en la parte superior. La hoguera se iba alimentando hasta que las piezas llegasen al rojo vivo, dejando que la hoguera se apagara sola, y dejando a la pieza



enfriarse por varias horas. Este tipo de quema tradicional tenía una duración promedio de 6 u 8 horas, y por razones obvias sólo se realizaba en época seca. El principal problema es que la cocción de las piezas no era uniforme en temperatura, haciendo que algunas se desbozonaran con el tiempo, así mismo, en el proceso de la quema algunas piezas se fracturaban.

Bajo esta misma técnica, de poner la pieza en una hoguera se siguen realizando los tientos para el casabe. Haciéndolo directamente en la cocina donde se instalará, y cocinando simultáneamente la base que lo soporta.

Para la quema en los hornos de leña de tiro directo se ponen las piezas más grandes en la parte inferior del mismo, usándolas como base para las piezas medianas, así hasta las pequeñas. Se sella la puerta principal del horno para evitar la fuga de calor y procurar un cocido uniforme. La cocción tiene una duración de 10 a 12 horas, y el periodo de enfriamiento toma dos o tres días. En este periodo nadie puede ver las piezas ya que se pueden totear.

En el caso de Cubay ellos tienen un horno de ladrillo gracias al apoyo de la fundación Sura. Puerto Golondrina, por otro lado, aunque tuvo su horno de ladrillo, se dañó a la primera quema y aún no lo han podido arreglar, obligándolos a que las quemadas las hagan en

tambores metálicos, que también tienen buena cocción, pero una muy baja productividad.

La alimentación de la leña debe ser lenta, ya que no se puede elevar mucho la temperatura de forma rápida, para permitir la evaporación del agua. Las comunidades utilizan diversos tipos de madera para la quema, y ya tienen identificadas las especies vegetales que brindan más calor y menos humo.

El proceso de enfriamiento de la pieza se hace de forma gradual, destapando el horno poco a poco, hasta la mitad de la puerta el primer día, y el segundo día sí abriéndolo completamente.

Según las comunidades esta parte es una de las más críticas del proceso, ya que, si llega a entrar viento directo a las piezas, el choque térmico puede afectarlas gravemente. Según la tradición no se debe bañar las personas que van a sacar las piezas porque o si no se totean.

El ahumado es un proceso que únicamente realiza la comunidad de Cubay, en ella le dan distintos acabados a las piezas, especialmente a las ollas y tinajas, con el fin de impermeabilizarlas. Según la comunidad el proceso de ahumado es tradicional en el pueblo Cubeo, y siempre se ha usado para que las piezas tengan mayor durabilidad. Para las piezas que la comuni-

dad comercializa el proceso de ahumado tiene una cualidad más ornamental que funcional.

El ahumado se realiza con hojas de azabache, las cuales deben estar frescas, haciendo que la recolección de las mismas se haga inmediatamente antes de iniciar el proceso. Es el único insumo o materia prima que no pueden recolectar y almacenar.

Una vez recolectadas las hojas, las macerarán con un poco de agua con el fin de extraer la mayor cantidad posible de zumo de la planta. Una vez extraído, se pasa por un paño o colador para que quede únicamente el líquido, que es de color verde intenso.

Con ayuda de un paño aplican el líquido a la pieza, la cual es puesta sobre una parrilla, que tienen en la parte inferior una hoguera echa con palos aún húmedos, ya que es de suma importancia que se produzca mucho humo. En algunos casos sólo ahúman una parte de la pieza, como el interior, o el exterior, protegiendo las zonas no ahumadas con cinta adhesiva y papel periódico. Algunas veces juegan con la posibilidad de ahumado difuminado, aplicando el líquido en sólo unas partes del objeto para obtener variedad de diseños. El proceso de ahumado tiene una duración de tres horas en promedio.

Cuando la parte ahumada ya toma un color café intenso, la pieza se pasa por una hoguera echa con hojas de palma de mirití o de Wasay, con la que se fija permanentemente el ahumado.

Por último, se lavan las piezas con agua y se verifica que los colores del engobe, así como los terminados del ahumado hayan quedado uniformes. Generalmente las piezas que resultan defectuosas o con problemas de calidad son utilizadas para el comercio interno en Mitú.

Simbología

La alfarería de Mitú, tanto de Cubay, como de Puerto Golondrina tiene una carga mística y tradicional que se combina con diseño y desarrollo de producto, haciendo imposible generar una línea divisoria entre lo que sería lo más moderno y lo más tradicional. Esto se debe a que, las piezas más tradicionales, como donde se guarda el yopo, no se comercializan.

Sin embargo, en algunas piezas desarrolladas sí se incluyen simbologías tradicionales, las cuales les ayudan a resaltar la identidad de las comunidades, tanto en la procedencia, como en el reforzamiento de los procesos culturales propios.

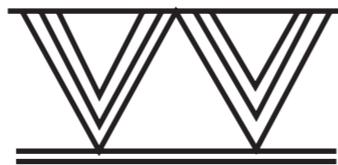
Alas de mariposa



Rodilla del diablo



Alas de murciélago



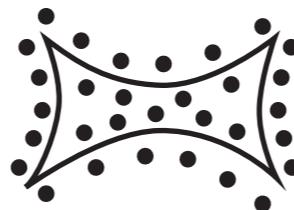
Tripa de renacuajo



Rayo



Pinta de tigre



Yerado de pescado

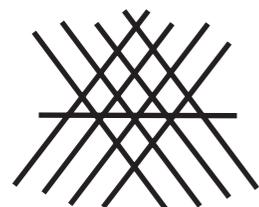
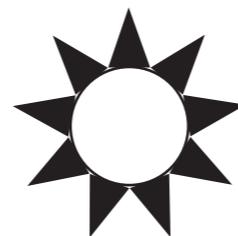


Figura hormiga



Lucero de la mañana



Bibliografía

BORRERO WANANA, Milciades; PÉREZ CORREA, Marleny. Vaupés Mito y Realidad, ManiJitiKiti. Bogotá:Ediciones Desde Abajo, 2004

CABRERA BECERRA, Gabriel. La Iglesia en la Frontera: Misiones Católicas en el Vaupés 1850-1950. Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia, 2002.

KOCH- GRUNBERG, Theodor. Dois anos entre os índigenas.Viagens no noroeste do Brasil (1903/1905). Manaus: EDUA/FSDB, 2005

Ministerio de Comercio, Industria y Turismo. Artesanías de Colombia. (2013). Referencia nacional de tejeduría capitulo tejeduría y cestería en guarumá y bejuco yaré del Querarí departamento del Vaupés. Bogotá: Artesanías De Colombia.

Ministerio del Interior. (20 de Septiembre de 2018). Miniterior. Obtenido de https://www.mininterior.gov.co/sites/default/files/upload/SIIC/PueblosIndigenas/pueblo_kakua.pdf

ONIC. (20 de Septiembre de 2018). ONIC. Obtenido de <http://www.onic.org.co/pueblos/1108-kakua>

Peña, J. C. (2011). Mitú: ciudad amazónica, territorialidad indígena. Leticia: Universidad Nacional de Colombia, Sede Leticia.